

po en esta postura, guardando un silencio que decia mucho. ¡O Dios mio, Dios de bondad! ¿cómo te complacias en esta muda y patética escena, en que la ardiente caridad de tu ministro y la compuncion de tu siervo hacian brillar tus misericordias?

El padre rompió esta inmovilidad pidiéndome que me sentase, y ayudándome á levantar, con voz dulce y amable me dijo: Del hombre es errar, y de Dios es perdonar. No os ha traído aquí sino para eso, y pues os da movimientos tan penitentes y proporciones tan favorables, aprovechémonos sin tardanza. Desde mañana mismo empezad, señor, á disponer una confesion general de vuestra vida, y las aguas de la penitencia lavarán.... ¡Yo, padre, confesion general? le interrumpí; ¿pues acaso sé yo lo que es eso? ¿Acaso tengo la menor nocion ni la mas ligera idea? Nunca me he confesado ni pensado en ello. Por otra parte, mi vida no es mas que un tegido continuado de todos los horrores y vicios; no hay una de todas mis respiraciones que no sea un delito. ¿Y cómo será posible que yo recoja ni pueda acordarme de prevaricaciones no interrumpidas, y que una grande parte de ellas está ya confundida con otras peores que he hecho despues? ¿Quién podrá contar las hojas de los árboles ó las arenas del mar?

El padre con tono tranquilo y sosegado me

respondió: Dios, señor, no pide cosas imposibles, y se contenta con nuestros prudentes esfuerzos cuando los hacemos con sinceridad y buena fe. Su gracia os ayudará, y vos veréis que esas dificultades que ahora se presentan á vuestra imaginacion como montañas inextricables, en que no puede penetrar un rayo de luz, poco á poco se allanarán. Hay método que puede facilitaros esta empresa que os parece tan ardua: si me lo permitis, yo puedo contribuir á ponerlos en el camino; mi ministerio me obliga á ello, y la experiencia me ha enseñado los medios de disipar estos obstáculos aparentes. Desde mañana empezaré á presentaros cada dia algunas reflexiones sobre la confesion, y los métodos que podeis seguir para disponerla. A medida que yo os los explicaré, vos los iréis poniendo en práctica.

No hay necesidad que la confesion se haga toda de una vez: no es preciso que vos os examineis á un tiempo de toda vuestra vida, ni que á un tiempo os confeseis de todo; esto puede hacerse por partes y en diferentes tiempos. En fin, yo puedo dirigiros en esta santa obra de modo que vos mismo veais desaparecer estos monstruosos embarazos que la imaginacion os representa. Me lisonjeo con la idea de que hallaréis mucho desahogo en vuestro corazon. Pongámonos, pues, en las manos de Dios, que visiblemente es el autor de nuestra empresa, y que no



dejará de perfeccionarla. Estad cierto que haciendo de nuestra parte lo que podamos, se contentará con nuestra buena fe y sumision, y que no dejará de perdonar todos vuestros pecados, porque no os haya sido posible confesar los que habeis olvidado.

Yo respondí al padre que le habia ofrecido obediencia, y que en todo me sujetaba á su direccion. El padre me añadió: Yo debo tambien dar muchas gracias á Dios por haberme escogido para instrumento de misericordia tan alta; debo pedirle que me dé auxilios para concluirla á honra y gloria suya, y tambien debo suplicar que derrame sobre vos sus bendiciones para que obtengais el perdon y esfuerzo para ser en adelante un buen cristiano. Yo voy ahora á decir misa; ya os dije ayer alguna cosa de este inefable sacrificio, que es el acto mas sublime y elevado de la religion, y el medio mas eficaz con que los pecadores mismos pueden conseguir de Dios las gracias necesarias para salir de su mal estado y obtener el don de la penitencia.

Os aconsejo, señor, que la oigais ahora con devocion y afecto. Acordaos que es Jesucristo el que vais á ver, que es el mismo Jesucristo que será un dia vuestro juez, pero que ahora no viene sino como vuestro padre. Imaginaos verle en el altar como en el trono de su misericordia, y que tiene el mas vivo deseo de concederos to-

do lo que le pidais para el bien de vuestra alma. Pedidle pues, que os inspire todo lo que necesitais para hacer esta confesion, para que os restituya su gracia y los dones que os concedió en el bautismo, y finalmente el de vivir en adelante y morir como buen cristiano.

Para inspiraros mas confianza, tened presente que el sacrificio que voy á celebrar no es otro que el del Hijo de Dios en el Calvario; que voy á renovar sobre este altar la muerte cruel é ignominiosa que le dió la rabiosa envidia de los judíos; que voy á ponerlos á los ojos, aunque cubierta con un velo, la hostia pura sin mancha que recibió el último golpe en el ara de la cruz, y que fué sacrificada por nuestra redencion en honor de la Divina Magestad; que este sacrificio fué libre y voluntario de su parte, y que su amor no contento con esto, aun despues de resucitado y glorioso quiere ser presentado de nuevo para mediar por nosotros.

Por eso quiere que todos los dias sus ministros le presenten como víctima á Dios, y él mismo se vuelve á ofrecer de nuevo implorando las gracias de que necesitamos, para no malograr los frutos de su redencion. Considerad tambien que este sacrificio, es el mas excelente y superior de todos los sacrificios, pues es de un precio infinito: sacrificio único, pues los de la ley antigua no eran mas que su figura; sacrificio que



es al mismo tiempo eucarístico ó de alabanza, de propiciacion y de impetracion. Como que es de alabanza, podemos con él alabar y glorificar á Dios; como que es de propiciacion, podemos aplacar la ira de Dios y obtener el perdon de nuestros pecados; y como que es de impetracion, podemos pedir y conseguir todas las gracias de Dios. Esto debe bastar para haceros ver el espíritu con que debemos asistir, la reverencia y atencion con que debemos estar, y las ventajas ó frutos que debemos conseguir.

Nosotros, pues, ofrecemos el sacrificio del altar para glorificar á Dios como Señor soberano, y darle gracias como bienhechor. Cuando María presentó á Jesucristo en el templo de Jerusalem, su objeto era presentarle á Dios como á soberano Señor, pues lo hizo obedeciendo á la ley que mandaba presentar á Dios todos los primogénitos á fin de reconocer su supremo dominio, que todo viene de su mano, que por consiguiente todo es suyo, y que la gloria de todo le pertenece. Este es lo que nosotros hacemos presentándole el cuerpo y la sangre del Salvador.

Porque es un verdadero sacrificio el que se consume en nuestros templos: todo está allí, altar, sacerdote, victima, oblacion y consumacion. El sacerdote ofrece al mismo Jesucristo á su Padre, Dios omnipotente y eterno, y se le ofrece para tributar á su Soberana Magestad un ho-

nor soberano. De todos los honores posibles el mayor es el sacrificio, y por eso no se puede tributar á nadie sino á Dios.

Pero como el sacrificio no consiste solo en la oblacion, sino que consiste tambien en la consumacion de la victima, á fin de que quede destruida, el ministro despues de haberla presentado y consagrado la consume, y con esta accion manifiesta que Jesucristo protesta á su Padre, Dios de cielo y tierra, que él solo es el Señor, el Ser de los seres en cuya presencia todos los demas deben desaparecer y reputarse como la nada. Si esta protestacion es gloriosa á Dios de cualquier modo que venga, ¿qué será cuando viene de parte de Jesucristo, Dios verdadero, y tan á costa suya?

Considerad, pues, ¡qué ejemplo! ¡qué leccion es esta para nosotros! ¡Qué regla para asistir dignamente al sacrificio del altar! Cada cristiano puede proponerse un método para asistir devotamente; pero yo creo que el mas sólido es asistir al sacrificio con espíritu de victima; considerar con las mas altas ideas posibles la grandeza de Dios, concebir las mas bajas de nuestra miseria, unirnos al sacerdote que sacrifica, ofrecer con él la misma victima, y ofrecernos nosotros mismos con ella, y todo con ardiente deseo de glorificar al Señor Supremo, de quien todos dependemos, y que es el fin y principio de todo.



Tambien con él damos gracias á Dios como á nuestro soberano bienhechor. Como su infinita bondad nos hace tantos beneficios, era preciso que la religion tuviese un sacrificio de accion de gracias, y este es el de la misa. El sacerdote nos lo hace comprender bien cuando en medio de los santos misterios y ántes de consagrar el cuerpo y la sangre de Jesucristo, nos advierte expresamente que levantemos el corazon á Dios, y demos gracias; y se las damos con una víctima, cuyo valor excede á todo lo que hemos recibido de la divina liberalidad. El que no perdonó á su propio Hijo y le entregó á la muerte por nosotros, ¿no nos ha dado con él cuanto nos podia dar? Este era el raciocinio del Apóstol, y segun esta regla, se puede decir que aunque es verdad que todo lo debemos á Dios, pues todo nos viene de su mano, tambien lo es que cuando le presentamos su Hijo todo se lo pagamos, y que parece no queda deudora nuestra gratitud.

Este pensamiento puede ocupar útil y santamente nuestra alma todo el tiempo que está presente al sacrificio. Repasa en su memoria los beneficios de Dios; no puede contarlos, porque son sin número: sabe que no los merece, porque ve su pobreza y miseria: lo reconoce así, y se humilla. ¿Qué haré pues? dice con David, ¿qué daré al Señor por lo que me ha dado? No queda largo tiempo dudosa; al instante se determina, porque

tiene en el altar un tesoro pronto, y el mas abundante, la preciosa víctima que se ha sacrificado. Toma pues siguiendo la expresion del mismo Profeta, el cáliz de salud, y llena de confianza le presenta á Dios, y crée que paga todas sus deudas dignamente. ¡Con qué respeto, con qué afecto debe presentar esta ofrenda! ¡Qué celo y gratitud hasta para un Dios tan bueno y magnífico, que no solo le dispensa tantos bienes, sino que le da un tesoro con que pueda corresponderle!

Tambien es sacrificio de propiciacion y de expiacion, pues expia y borra los pecados, aplacando la ira de Dios, tanto en favor de los vivos como de los muertos. Que sea sacrificio de propiciacion para los vivos no se puede dudar, pues el Salvador de los hombres que le consumó en la cruz, derramó en ella toda su sangre para borrar los pecados del mundo, y aplacar á su Padre justamente irritado contra nosotros; y como el sacrificio del altar es el mismo que el de la cruz, pues es la misma hostia ó el mismo cuerpo y la misma sangre del Hombre Dios, es necesario que tenga la misma eficacia y virtud.

Solo hay una diferencia, y es que el de la cruz fué sangriento, y el del altar no lo es. Así lo dice en términos precisos el concilio de Trento, enseñándonos que Jesucristo no quiso que su sacrificio se acabase en la cruz, sino que siendo sacerdote por una eternidad, y sacerdote segun el



orden de Melquisedech, se propuso dos designios: el primero, que su sacrificio se perpetuase en la Iglesia hasta la consumacion de los siglos; el segundo, que se repitiese en las especies de pan y vino que Melquisedech ofreció al Señor: y esta doctrina está apoyada con las palabras del Hijo de Dios, que refiere San Pablo en su primera Epístola á los de Corinto (1): *Siempre que comiereis este pan, y bebiereis este vino, anunciaréis la muerte del Señor.*

¿Qué quiere decir *anunciaréis*? No es decir solamente: Recordad, haced memoria de esta muerte; sino renovadla, y el mérito os será aplicado: y por esta razon Jesucristo en el sacrificio del altar es víctima de propiciacion por nuestros pecados del mismo modo que lo fué en la cruz; y siendo así, vos debeis concebir, que los pecadores aunque lo sean no deben alejarse de un sacrificio que ha sido instituido para ellos, y para solicitarles las gracias de la reconciliacion. Todos debemos asistir, pero los pecadores mas. Participar de este sacrificio comulgando con conciencia de pecado, seria un enorme delito, y la Iglesia lo prohibe con graves penas; pero participar asistiendo, lo aconseja. En su desgracia esta es una esperanza para el pecador, y le importa mucho no perderla.

(1) 1. Corinth. xi. 26.

Venid pues, Señor, á esta piscina saludable; empezad por oirla hoy, y continuad todo el tiempo en que os prepareis á la confesion. Yo como ministro de la Iglesia pondré en movimiento, no una agua salutífera, sino una sangre divina; venid con la misma disposicion con que el Publicano fué á orar en el templo. Era un pecador; pero á la vista de sus iniquidades se humilló, se confundió, no se atrevia á levantar los ojos, y decia á Dios: Señor, sedme propicio, que soy un pecador. Este debe ser vuestro modelo. El Publicano cuando se retiró, ya iba perdonado, ya era justo. ¿Quién sabe si vos recibiréis la misma gracia? ¿si se os concederá la misma contricion? ¿y si en fuerza de ella seréis perdonado aun antes de llegar al tribunal de la Penitencia?

Es tambien sacrificio de propiciacion en favor de los muertos, y la prueba invencible de esta verdad para todos los cristianos es la antigua y constante práctica de la Iglesia. En todos los tiempos ha ofrecido por ellos el santo sacrificio, y tenemos testimonios seguros de este uso en todos los siglos, y en cada uno de ellos. Pero aun hay mas; pues subiendo á los de la ley antigua, tenemos el ejemplo en Júdas Macabeo, y sabemos que mandó hacer sacrificios por los soldados de su ejército que habian muerto en un combate. La Iglesia no es ménos tierna, ni cuida ménos de sus hijos difuntos que la Sinagoga, y el sa-



erificio que ofrece por ellos, es de un precio infinitamente superior al de todas las víctimas que se inmolaban en el templo de Jerusalem. Ella lo sabe, y sabe tambien que puede hacer gozar á sus hijos el rico tesoro de que es depositaria.

Por eso ha ordenado á sus ministros que siempre que celebren los santos misterios, hagan mencion particular de los difuntos, y digan á Dios: Acordaos, Señor, de los que nos han precedido, y estan en los sepuleros, y que reposan en el sueño de la paz. Ve aquí en lo que se reconoce una madre caritativa. Y es muy extraño que la heregía pueda endurecer tanto los corazones que les quite estos sentimientos de compasion y caridad; que el orgullo ó la obstinacion los mueva á negar este sacrificio ó socorro á tantos como pudieran ayudar; que la misericordia no los haga mas dóciles á oír una verdad que les ha dicho la Iglesia en todos los tiempos, que sus padres creyeron, y que interesa tanto á sus hermanos y amigos. La duda sola ¿no deberia bastar para determinarlos á tomar el partido mas seguro? Y no es terrible tenacidad exponerse á perderlo todo por no deponer sus errores?

En fin, señor, la misa es sacrificio de impetracion para obtener de Dios tanto las gracias espirituales, como las temporales. Todo lo que la Iglesia pide á Dios, lo pide y lo obtiene por los méritos de Jesucristo, y por eso acaba todas sus

oraciones diciendo: *Por nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo, que vive y reina con vos en la unidad del Espiritu Santo por los siglos de los siglos.* ¿Y dónde pudiera valerse con mas eficacia de los méritos y inediacion de Jesucristo que en el sacrificio del altar, en que el mismo Jesucristo en persona es la víctima, y en donde se ofrece el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de este poderoso Mediador?

San Pablo nos ha dicho que Jesucristo en los dias de su vida mortal fué oído por la reverencia que se le debia. ¿Es acaso en su Sacramento ménos digno de este respeto? Y cuando intercede y se interesa por nosotros como sacrificador y como víctima, ¿hay cosa que no debamos esperar, sobre todo cuando las gracias que pedimos por su mediacion son conformes á las ideas y al Espiritu de Dios? Porque hay gracias de diferentes especies, y las que tienen por objeto la vida eterna, como son la santificacion del alma, su adelantamiento en la virtud y su salvacion, que se llaman espirituales, son incomparablemente superiores á las otras.

Particularmente para esta especie de gracias la Iglesia presenta el sacrificio del altar. Jamas le ofrece sin pedir que todos los fieles, y especialmente los que asisten, sean admitidos en el gremio de los escogidos y preservados de la reprobacion eterna; que entren un dia en la sociedad



de los santos, y que Dios los llene en este mundo de todas sus bendiciones celestiales. Pero por que estas oraciones son generales, y que segun las ocurrencias unas veces tenemos mas necesidad de ciertas gracias que de otras, la Iglesia en el discurso del sacrificio tiene oraciones propias para implorarlas. Ya pide una fe viva, ya un amor de Dios ardiente, ya la caridad para el prójimo: la humildad, paciencia, fortaleza; algunas la extirpacion de nuestros vicios, y otras la extincion de cismas y heregias, cada cosa por menor, y segun que es mas urgente en las circunstancias.

¿A qué afectos, á qué meditacionés se deben excitar nuestras almas en aquellos preciosos momentos en que Dios se sacrifica por nosotros? ¿Qué ocasion tan favorable para que cada qual le exponga las miserias y necesidades de su corazon? El hombre las percibe cada dia, no se las puede ocultar, y se queja amargamente de ellas. Se queja de las malas inclinaciones que lo arrastran, de la tiranía de sus pasiones que lo dominan, de las ilusiones del mundo que lo encantan, de sus sequedades, de su indiferencia para el servicio de Dios, de la inestabilidad de sus resoluciones, de sus pocos progresos en la virtud. No es malo sentir sus males; peor seria no conocerlos y no afligirse; pero si los sentimos y los lloramos sinceramente, ¿por qué no buscamos el remedio?

¿por qué no aprovechamos el tiempo en que podemos reclamar con fruto la asistencia divina? ¿por qué no asistimos al sacrificio del altar, cuando se renueva en él la obra de nuestra redencion? Allí es donde se conceden y distribuyen con mas abundancia las gracias de la salud eterna, y allí es donde se reparten mas liberalmente á los que las piden con mas ardiente devocion.

Tambien se dan las gracias, y se piden los bienes temporales. Dios no prohíbe pedirlos. En la ley de Moises habia hostias pacíficas, tanto para reconocer los beneficios recibidos, como para pedir nuevos, y estos beneficios en aquella ley de esclavitud eran por lo ordinario temporales. David obtuvo con sacrificios que su reino se libertara de la peste que le affigia, y Onías obtuvo la salud de Heliodoro.

Hay otros muchos ejemplos en los libros santos; y como, segun San Agustin y San Crisóstomo, el sacrificio de la ley nueva contiene eminentemente y reúne en sí todas las propiedades de los antiguos, es claro que Dios le acepta tambien por los bienes temporales, cuando no son contrarios á los designios de su providencia. No es profanar los santos misterios emplear los méritos de Jesucristo para obtener semejantes gracias. La misma Iglesia ofrece el sacrificio por los frutos de la tierra y por la fertilidad de los campos, y en esto mismo debemos admirar la inmensa ca-



ridad de Dios, y su paternal condescendencia; pues parece que vela y cuida de todos nuestros intereses.

No lo hacemos nosotros así; pues en los negocios que tenemos, no es este divino sacrificio nuestro primer recurso, siendo así que no hay otro ni tan eficaz ni tan seguro; pero con una condicion esencial, y es que no se emplee, sino con justas causas, y en intereses legítimos: porque presentar este santo sacrificio, este sacrificio de alabanza, de propiciacion y de impetracion para tener con que contentar nuestras pasiones, para poder satisfacer nuestra vanidad, lisonjear nuestro orgullo, y fomentar nuestros desórdenes, seria el mas abominable de todos los abusos.

Yo espero, señor, que nosotros vamos á emplearle con la mayor reverencia en fines mas útiles y mas dignos de Dios. Dadme licencia para que vaya á llamar al que debe ayudarme, y estad prevenido, pues no tardaré en volver. El padre salió, y de allí á poco rato volvió á entrar con un hombre, que segun su modo y trage me pareció doméstico de la misma casa. Ambos se encaminaron á una pieza que parecia sacristía, y sin duda lo era, para que el padre se revistiera.

¡Podrás, imaginar, Teodoro, que en este corto intervalo miéntras el padre salió á buscar su ayudante y se revestia, pasaron por mí cosas tan extraordinarias, que aun tengo vergüenza de acor-

darme? Yo no habia oido misa en mi vida, pues si alguna vez por circunstancias me he encontrado en los sitios en que se celebraba, jamas estuve con atencion ni respeto. Siempre las habia mirado como unas meras ceremonias. ¡Y podrá persuadirse ninguno que mi corrupcion envejecida fuese de tanta perversidad, que despues de tanto como me habia dicho el padre, despues de lo que venia de decirme, volviesen estas ideas antiguas á perturbar mi cabeza? Sí, amigo, te lo confieso para confundirme, y para que se vea lo que es la miseria de un hombre mal acostumbrado.

Desde que el padre se apartó de mí, y consideré que iba á oír su misa, en un instante me hallé seco; me acordé de tí y de todos nuestros compañeros en el desórden, y me pareció que se reirian de mí, si me vieran en el caso en que me hallaba. Yo mismo empezaba á sospechar que me habia empeñado muy aprisa. En fin, mis antiguas ideas corrian por mi espíritu procurando dominar mi corazon, cuando en este momento salió el padre revestido de sus vestidos sacerdotales, y el rayo no es mas veloz en sus efectos que esta vista á mi interior. Su presencia modesta y religiosa, el aspecto de compuncion y recogimiento con que le ví acercarse al altar, produjo súbitamente otros impulsos diferentes. Como la luz destierra de un golpe las tinieblas, así el aspecto de su virtud desterró todas mis locas imaginacio-



nes, y volvió á renovar en mi corazon las impresiones mas vivas y religiosas.

Arrojéme á los piés del altar, y avergonzado de mí mismo, eché una vista rápida sobre todas ideas que habia recibido de la divinidad de la religion y del sacrificio. Confundíme cuando reflexioné que Jesucristo, mi Dios y mi Juez, iba á parecer delante de mí, y mas cuando echando otra vista sobre toda la carrera de mi vida, ví con horror el largo curso de mis iniquidades; pero me acordé que no era ahora mi Juez, que era mi Padre, que el altar era el trono de su misericordia, que era su bondad la que me habia traído á su casa, tal vez con el designio de perdonarme. Yo me ejercité, miéntras duró el sacrificio, con ideas de esta especie, no seguidas, no tranquilas, sino tumultuosas y desasosegadas.

Pero jamas podré explicarte la impresion que sentí en el momento de la elevacion: cuando la campanilla me avisó que Jesucristo estaba allí, un terror religioso se apoderó de mi alma, se me erizaron los cabellos de mi cabeza, la sangre me corria con ímpetu por las venas, y me parecia estar fuera de mí. Yo hubiera querido encontrar en mi corazon mas amor y mas confianza; pero ¡infeliz de mí! considerando mis errores, y sobre todo mis insultos á la religion, me parece que sentí mas confusion y terror. Con todo, á pesar de mi conturbada situacion, me parece que hubo

momentos en que le pedí gracia y perdon, reconociendo con humildad que era menester que él me enseñase á pedirle, y que solo él podia inspirarme una confianza constante. Luego que el padre acabó la misa, me llevó á mi aposento, y se retiró, diciéndome que al siguiente dia empezariamos la confesion.

¡No admiras, Teodoro, el poder que tiene este padre sobre mí? ¡Cuántas veces su presencia sola ha calmado ya mis turbaciones y serenado mi corazon? Su vista sola penetra mi alma de este sentimiento religioso, de esta impresion evangélica, que hace mirar con amor y respeto al virtuoso. En su recogimiento, su modestia, su afeblidad, en todo su exterior parece que estan retratados todos los consejos del Evangelio y con coloridos amables. Desde que conozco santos, me ha parecido que una de las pruebas mas visibles de la divinidad de la religion es este asombroso é inimitable carácter de magestad, de franqueza y de serenidad que da á los que viven segun su espíritu.

Tú no lo sabias ni yo tampoco, Teodoro; pero ya ves que hay en la tierra hombres ignorados del universo, que viven y mueren sin que lo sepa su siglo, y que con todo son á los ojos de Dios los únicos grandes hombres que merecen el respeto y la admiracion pública. Las estatuas de los conquistadores y de otros mártires de la gloria hu-



mana se hundirán en el mismo abismo, que se tragará todos los tronos y reinos de la tierra, y esto sucederá en el momento en que se desaparezca de ella el último de los escogidos. Entónces toda dominacion y grandeza terrestre se borrará con el resplandor de la corona celestial de que estará adornado el discípulo humilde y obscuro de la cruz y de la penitencia.

Entónces empezará la reputacion de los héroes de la gracia y de la eternidad: entónces nada será estimado y admirado, si no es conforme á los pensamientos de Dios. El farol de la inmutable razon, de la incorruptible verdad alumbrará por la primera vez, y á su luz se contemplarán las empresas, los trabajos y todos los movimientos que han agitado á cada uno de los hijos de los hombres. Entónces verán todas las criaturas que el universo no era un espectáculo augusto y digno de la vista de su Criador, ni por la extension de sus imperios, ni por la magnificencia de sus capitales, ni por la celebridad de sus soberanos, sino porque servia de paso á los ciudadanos del reino de la eternidad; porque era el lugar destinado á las pruebas, á las tribulaciones y amargas que era necesario padecieran ántes de poderse elevar á la participacion de la gloria y de la vision beatífica de su Dios.

Entónces se verá que el gremio modesto y desconocido de los justos era el motivo secreto de

toda la obra de la creacion, que todo se hizo y subsistia por él, que sus oraciones y gemidos eran la causa por que Dios diferia el castigo de los delincuentes, y que los suspiros de un corazon inocente y puro influian mas en los destinos de los estados y naciones, que toda la política de los que se figuran gobernar el mundo, y tener en su mano la suerte de los pueblos.

Si, Teodoro; solo Dios puede presentar al justo un objeto tan grande y excelente como es él mismo, y solo en la inmensidad de las eternas dichas puede hallar el modelo de lo que debe ser un dia. Los nombres de los dioses de la tierra estan escritos sobre el polvo; pero los que temen á Dios serán eternamente grandes, porque lo serán á sus ojos, y solo la divina gloria subsistirá despues de la ruina de todos los edificios y monumentos de la tierra.

¡Ay, Teodoro! yo quisiera decir á todos los que son tan insensatos como yo lo he sido: Hijos de los hombres, adoradores estúpidos de las pasiones y puerilidades de un mundo que se acaba: si la compasion que inspirais viendo que perdeis una alma inmortal, no fuera mas fuerte que la indignacion que causa el horror de vuestra conducta, yo os diria que mereceis un yugo tan infame; porque solo los espíritus nobles y los grandes corazones son capaces de elevarse á la altura del Evangelio, y solo ellos son dignos de cono-



cer la magestad y la hermosura de la religion.

Pero no me pertenece á mí, que he sido el mas infame de todos, improperar á mis hermanos. Nunca debo olvidar que todos los corazones perversos tienen derecho de preguntarme quién es el que me ha sacado de en medio de ellos. El que por bondad de su soberano ha salido de la obscuridad y de la indigencia, debe enternecerse mas cuando ve las amarguras que sufren los infelices que deja en su antigua situacion, y no perder nunca de vista que él ha estado en la clase de los miserables. La de los malos y perversos es la mia. . . . Desgraciado de mí! si deixo un solo dia de pagar á mis compañeros un tributo de lágrimas con la memoria de que he estado cargado con las mismas cadenas, y con la experiencia de los mismos males y tribulaciones que padecen ellos. A Dios, Teodoro mio, hasta mañana.

### CARTA XXI.

#### EL FILÓSOFO A TEODORO.

**E**ste dia, Teodoro, vino el padre, y me llevó á la misma capilla donde dijo la misa. Me pare-

ció que yo la oí con alguna mas tranquilidad y devocion, y que mi corazon empezaba á sentir algun consuelo con la idea de la presencia de su Dios. Luego que concluyó el Padre, volvió á conducirme á mi aposento, y habiéndose sentado, me dijo:

Hoy, señor, debemos empezar á tratar de la confesion; pero ántes me parece conveniente haceros ver, cómo y cuándo recibió la Iglesia esta autoridad de Jesucristo; pues luego que veais con una luz mas clara que la del dia, que en efecto nuestro Salvador divino la dió el poder de perdonar los pecados en su nombre, haréis esta grande obra con mayor confianza, y conoceréis al mismo tiempo la obligacion que impuso á los fieles de confesar los pecados.

Es muy de observar, señor, la circunstancia en que el divino Redentor comunicó á sus apóstoles el poder mas alto y extraordinario que se ha conferido jamas en la tierra; pues los estableció reconciliadores y salvadores de sus hermanos. Despues de haber consumado con su muerte el último misterio de sumision laboriosa; despues que ya vencedor de la muerte y del infierno sale de la tumba, y entra en posesion de la soberana potestad que se le ha dado en la tierra y en el cielo; cuando ya el mundo no puede dudar de la verdad de su palabra, ni de su dominio supremo sobre todas las criaturas, porque habia visto brillar los rayos de su gloria en tantos milagros que